



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9494

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 12 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SABADO 24 DE JUNIO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Injertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de cauchuc y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mosaicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balustres, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camas.—Espejos.—Cajas de caudales.—Básculas, etc., etc. PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

ECOS DE MADRID.

22 de Junio de 1893.

Tristes ecos son los de esta semana! El martes 20 ha sido verdaderamente aciago y dejará dolorosos recuerdos. Los periódicos diarios han comunicado las fatídicas noticias con todos sus detalles y los lectores han hecho ya los comentarios á que se prestan; pero no serán ociosas algunas consideraciones que voy á apuntar.

Es por desgracia costumbre inveterada entre nosotros no acordarnos de Sta. Bárbara más que cuando traena y demostrar gran celo para aplicar los remedios cuando ya son inútiles.

Tenemos un Ayuntamiento que nos cuesta caro, el cual á su vez dispone de arquitectos á los que remunera para que examinen el estado de los edificios particulares y públicos y garanticen al vecindario la seguridad de que no correrán peligro al menos por la negligencia de los que podríamos llamar ángeles guardianes municipales.

Pues bien, un día se desploma un pedazo de cornisa de una casa y mata á una infeliz mujer, otro se cae la piedra que sirve de suelo al balcón y por milagro no aumenta el número de las víctimas. De cuando en cuando se hundan casas y últimamente ya hemos visto lo que ha ocurrido en el Circo de París.

Vivimos en el país de las recomendaciones, de la influencia. Hay quien necesita meses y meses, pasos y pasos y yo no sé que requisitos más para obtener licencia de revocar una fachada y hay quien posee casas que amenazan ruina sin que nadie les obligue á derribarlas.

Ayer nos cuentan los periódicos que no es extraño que haya ocurrido

do en París el hundimiento y nos explican minuciosamente las causas que lo han producido, añadiendo que algo se temía; pero que no se habían tomado resoluciones para no perjudicar á la empresa y á los artistas.

Ahora se exigirán responsabilidades; pero no faltarán recomendaciones ni las influencias que con auxilio de nuestra escasa memoria dejarán las cosas como están, y hasta otra.

La cuestión de los anarquistas corre parejas con las demás. El fanatismo ó la miseria inspira esos actos salvajes que de cuando en cuando nos conmueven é indignan. Acto continuo se pone en movimiento la policía, se registran casas, se prende á unos cuantos, y en cuanto se ha extinguido el eco del último petardo volvemos á disfrutar de perezosa y apacible calma.

¡Cuanto mejor sería vigilar atentamente á los ilusos, desesperados é ignorantes, desengañar á los primeros, consolar á los segundos y enseñar á los últimos!

La sociedad es como esas madres que por no renunciar á lo que llaman deberes sociales olvidan los otros deberes naturales y morales mucho más importantes y abandonan sus hijos primero á una nodriza, luego á los domésticos y se nombran de que sus vástagos no estén bien educados ni las tengan cariño.

Hay multitud de seres abandonados que emplean sus energías en el mal, cuando podrían aplicarlas al bien.

Ese desdichado anarquista que ha sido víctima de su propio crimen era propietario de una casa, tenía mujer e hijos y no se concibe que con estos elementos de bien estar, consagrasen su actividad á la obra destructora que le ha destruido, á no considerarle fanatizado ó enfermo.

La sociedad y sobre todo las autoridades que la gobiernan y velan por su seguridad tienen medios de sobra para prevenir y evitar esas catástrofes que de cuando en cuando nos recuerdan nuestra falta de memoria.

La *Kermesse* tan admirablemente organizada y que prometía grandes resultados metálicos para los pobres se suspendió el domingo porque estalló una tempestad precisamente á la hora en que debía inaugurarse.

El lunes se repitió la tormenta, el martes fue día aciago y como la mayor parte de las damas que se habían prestado á contribuir al éxito de la función se hallan bajo la dolorosa impresión de los últimos lamentables sucesos, todo hace creer que se renunciará á la fiesta proyectada y que los objetos donados para la obra caritativa se destinarán á una rifa que seguramente no producirá lo que se prometía la Asociación protectora de los pobres.

El hombre propone y la Providencia dispone!

JULIO NOMBELA.

La difusión del seguro sobre la vida.

Existen en nuestro país, por lo que se refiere al seguro de vida, muchos erróneos conceptos, muchas ideas equivocadas, bastantes perjuicios falsos y no pocas infundadas prevenciones que, por interés general, conviene desvanecer. Y decimos esto, porque es indudable que el progreso mayor ó menor de un pueblo se halla directamente relacionado con el desarrollo del seguro y especialmente con el apogeo de esa hermosa previsión que afianza el porvenir de una familia contra la muerte misma. Entendemos, por lo dicho, que cuanto haga la prensa por desvanecer aquellos errores y rectificar las equivocadas ideas que del seguro se tienen, no será más que cumplir un deber patriótico en inmediato beneficio de la nación entera.

Una de las más grandes equivocaciones es la que tiende á disminuir en el seguro su carácter práctico, desposeyéndolo de su calidad principal, su adaptación á todas las clases sociales. Con extrema ligereza se ha dicho y se cree que el seguro es una previsión utilísima para los pobres, pero imposible para ellos por lo cara, y solo factible para los ricos ó innecesaria para estos. No se puede en meros palabras, sostener más errores, no se puede con apariencias de verdad, expresar una falsedad mayor y más funesta. Sin recordar en prueba de ese error, las Compañías de seguro industrial, que realizan el seguro desde diez céntimos semanales y refiriéndose á las empresas de seguro ordinario, como las que en España operan, vamos á demostrar «con hechos» cuan equivocado es aquel pernicioso concepto formado en daño de una previsión nobilísima.

Podríamos presentar en contra de aquel supuesto pruebas á cientos, pero no es necesario, para la demostración que nos proponemos, un alegato en forma. A mano nos viene la lista detallada de las indemnizaciones pagadas en diciembre último por la «New York Life Insurance Company», Sociedad Norteamericana de seguros sobre la vida, conocida ya desde hace muchos años en nuestro país. Sabido es que dicha empresa opera en todo el mundo, siendo una de las más poderosas Compañías por su capital inmenso, por sus garantías indiscutibles y por el número grandioso de sus operaciones, que se cuentan cada año por cientos de miles. Sus datos han de ofrecer, por tanto, un carácter general y no exclusivo á un solo país. Vamos por aquella lista, cuyo sentido práctico no puede negarse, ya que se trata de indemnizaciones pagadas, lo que haya de falso en el aserto de que el seguro vida no es necesario á los ricos y no es posible á los pobres.

Comencemos por las clases sociales más elevadas. En la lista á que nos referimos y en la cual figuran 224 personas pertenecientes á todos los países, hay 36 con título académico, 2 diplomáticos, 3 banqueros, 3 capitalistas y un número no pequeño de propietarios, médicos, abogados, profesores, procuradores, militares, jueces, ingenieros, han pedido su garantía y hanla encontrado en «La New York» y la prensa misma tiene representación con un periodista, entre los indemnizados. El seguro varia en todos ellos al infinito según su varia fortuna y sus recursos, y desde sumas de 150 dollars y hasta capitales de 50.000 han sido indemnizados por la referida Compañía habiendo algunos de sus asegurados que han obtenido indemnización por dos ó tres pólizas, demostrando así la convicción que tenían de los beneficios del seguro.

Pasemos al comercio. A 86 ascenden

los comerciantes y empleados mercantiles cuyo seguro ha satisfecho «La New York» en diciembre último. En ese número comprendense negociantes de todo género, tenedores, cajeros, administradores, gerentes y aun mozos de escritorio. Todas las posiciones sociales más diversas han logrado del seguro égida protectora. Lo mismo ocurre en la industria. Sastres, fabricantes, editores contratistas de obras, etcétera, aparecen indemnizados por aquella Compañía por varias cantidades. Cada cual según sus fuerzas, todos han buscado en el seguro vida una protección cierta y todos la han hallado.

El trabajo en su expresión más misera ha buscado ese ejemplo. La lista de «La New York» comprende más de 70 nombres de labradores, jornaleros, obreros de todas clases, albañiles, carpintero encuadernadores, herreros, medidores de granos, peluqueros, guardas de propiedades y «un portero». No puede ofrecerse un mentis más terminante á la afirmación de que el seguro sobre la vida es imposible para los pobres.

Probanlo lo contrario está la lista á que venimos refiriéndonos, de una manera indudable, y por si alguna prueba más es necesaria de las ventajas del seguro, otra ofrece la lista referida. La Compañía citada ha pagado por sus 224 siniestros de diciembre último 1.088.815,88 dollars no habiendo recibido de estos seguros más que 380.772,27; es decir, por cada 100 dollars recibidos ha satisfecho 286.

Medítese sobre los datos y cifras anotados y dígame si ante esos ejemplos prácticos y hechos evidentes que nos presenta una de las más grandes empresas de seguros sobre la vida, en todo el mundo extendida y popularizada puede nadie sostener en serio que esa noble previsión sea inútil para las clases acomodadas é imposible para los pobres.

COLABORACION INEDITA.

Una aventura galante.

El banquete llegaba á su término. El doctor Medina, que no bebía nunca licores, empezó á saborear con fruición la taza de café, mientras los alumnos, rotas las vallas de la reserva que en un principio les dominara, bromdeaban en alta voz, repartiéndose las botellas de Kummel y Chartreuse. La conversación concluyó por fraccionarse en pequeños grupos que discutían ardentemente temas diversos; pero, al cabo, venció uno que se hizo general.

Cual fuese casi no necesito decirlo: la mujer. Salieron allí todas las teorías desde la más romántica y noña, á lo *Rafael* de Lamartine hasta la más excéptica, á lo Schopenhauer. El doctor escuchó por largo rato, sonriendo discretamente, hasta que uno de los discípulos, en quien el Champagne había desatado la lengua, se atrevió á preguntar: —Maestro, ¿no ha tenido usted nunca aventuras amorosas?

—A fé que sí—dijo el doctor, poniéndose serio. Y voy á contar á ustedes una de las más peregrinas. Ya es vieja. Apenas si llevaba yo un mes de ser profesor en la Facultad de Medicina de Madrid. Callaron todos los chicos y atendieron con la curiosidad más viva.

—Uno de mis primeros clientes—siguió el doctor—fue un pobre obrero; en cuya boardilla hacía más falta la cocina que la botica. Confieso que siempre salía yo de allí vivamente emocionado. Uno de los días, me llamaron dos veces: la segunda fué al anochecer. La cosa iba mal y bajé á la calle con gran disgusto: el enfermo se me moría infaliblemente. Tomé el camino de casa muy despacio, para distraerme de aquella preocupacion.

El azar me ayudó. Al doblar una esquina vi venir hacia mí una moza garrida si las hay, que caminaba perezosamente, con cierta indecisión en todos los movimientos del cuerpo. La esperé bajo de un farol, para verle en plena luz. Conforme se acercaba, iba yo notando lo airoso del busto, lo pobre y raído del traje. La falda que había sido negra, descolorida ya y muy rozada en los bordes, acusaba bien los contornos de las caderas salientes y angulosas. En la cabeza llevaba un velo, medio roto y prendido descuidadamente. La cara, señores, no he visto en mi vida una cara más perfecta, pero tampoco más pálida y ojerosal. Al pasar por mi lado, me miró, como pidiendo auxilio, y quedé pasmado de la horrible queja que expresaban aquellas facciones. La moza garrida tenía hambre, un hambre imposible de ocultar. Juro á ustedes que, por el momento, no experimenté sensación alguna de que pudiera avergonzarme; pero, sin saber por qué, seguí á la mujer. Lo notó ella, y aceleró el paso. Yo hice lo mismo. Para sorber más cucharadas del Moka, calló el doctor un momento. Los discípulos, maquinalmente, bebieron también en sus copas, sin decir palabra. A poco de andar, empecé á darme cuenta de lo que me llevaba detrás de aquella criatura. La impresión que su hambre me había causado, produjo en mí un deseo especial, el deseo de verla comer, de gozar unos instantes mirándola hartarse de cosas que ni soñadas para ella.

—«Qué feliz sería esa chica con un buen menú!» pensé.

Y me solazaba de antemano con la alegría que esto podría producirle: su animación al preparar las ostras; su locura al beber el champagne.

¡Qué hermosa debía estar aquella cara con los colores que da una buena comida!...

Luché un poco con esta idea, que me pareció muy buena por un lado y un poco ofensiva por otro. Al fin me decidí.

Nueva pausa que empleó el doctor en inspeccionar las caras de sus oyentes.

—Aceptó... con algo de miedo, justo es decirlo. Escogí un restaurant discreto y en él uno de los gabinetes más reservados. ¡Qué orgía, señores! La pobre muchacha no podía disimular su asombro. Aunque mi peculio no era sobrado y no podía permitirme grandes lujos, la lista que hice le pareció á mi compañera deliciosa.

Lo dió á entender así, primero con actos comiendo afanosamente y con fruición; luego, según fue animándose, con palabras.

Pues bien; gustades creerán que logré mi propósito y que me divertí la comida?

Nada de eso; á medida que la muchacha iba entusiasmandose iba yo entristeciéndome.

El espectáculo de aquel hambre que se saciaba, de aquellas mandíbulas que no cesaban de mascar, de aquella alegría tumultuosa que el estómago enviaba al cerebro, me dieron una pena profunda. Gocé solo por reflejo, viéndola gozar...

Al fin, se emborrachó, aunque sin beber mucho...

Se volvió enormemente locuaz, me contó mil historias, y por último se sentó á mi lado y me abrazó.

Tuve un momento de gran exaltación de los sentidos; pero, en seguida, se apoderó de mí tal emoción, que por poco rompo á llorar.

No comprendía ella mi estado.

Quizá por expansión necesaria, siguió acariciándome y buscó mis cabellos; pero yo no podía ver en esto más que el pago de una cena.

Intenté rechazarla, y no resistió.